

EL TIFO, RICKETTS Y MEXICO

DR. CARLOS VÉJAR LAGAVE
Académico de número

SABIDO ES QUE EXISTEN en toda época hombres excepcionales que dedican su vida a un ideal y no vacilan en ofrendar su esfuerzo, su dedicación y su empeño al mismo. En ocasiones este desprendimiento llega al máximo que un humano puede dar, que es la vida misma. Sabido es también que algunos de esos héroes son populares, están en la boca de todos los hombres de su tiempo y mueren con la aureola de la gloria. Pero menos sabido es que existen algunos de estos héroes, tan valiosos o más que los otros, que ofrendan también su vida por amor a la humanidad y que mueren obscuramente, teniendo que pasar bastante tiempo para que se les haga justicia y su gloria sea reconocida; de estos héroes es Ricketts.

A temprana edad, poco después de obtenido su título profesional, empezó sus trabajos de investigación de las enfermedades infecciosas, siguiendo la estela que abrían en el mar de la ignorancia tradicional los trabajos de fin de siglo de Pasteur, Koch, Bordet, Hansen y muchos más. Aplicó esos conocimientos a las enfermedades que se advertían en torno a su propio medio y fundamentalmente hizo un estudio cuidadoso de la fiebre moteada de las Montañas Rocallosas que dieztaba a los habitantes de esas regiones de los Estados Unidos. Su aportación al conocimiento y al mecanismo de transmisión de esta enfermedad fue de tal modo fecundo, que las medidas sanitarias que se impusieron lograron la reducción ostensible de los coeficientes de morbilidad y de mortalidad de la misma. Por último,

descubrió un microorganismo, el que sugirió fuera el productor de la enfermedad y al que llamó bacilo de la Fiebre Manchada de las Montañas Rocallosas. Asimismo buscó empeñosamente el papel de vehículo transmisor del germen en la garrapata.

Regresado a Chicago, Ricketts fue nombrado, por sus trabajos de relieve, profesor en la Universidad de Pensilvania. Disponiéndose a partir hacia ese lugar, pero en forma decidida, Ricketts tenía empeño en seguir investigando la etiología de las enfermedades parecidas a la "Fiebre Manchada" y el tifo le atraía porque sabía, además, que en el país vecino, en México, el tifo estaba presente en forma epidémica y hacía estragos en la población, constituyendo un amplio laboratorio que ofrecía perspectivas de éxito a la investigación. Invitado por sus jefes para hacer estudios sobre esta enfermedad en la ciudad de México, no pudo resistir el vehemente afán científico de comprobar las relaciones entre una y otra enfermedad y en esa forma poder contribuir a la solución del problema integral del tifo en nuestro medio, o tabardillo mexicano, para comparar después con las experiencias realizadas en otros medios.

Así, en diciembre de 1909 se trasladó para una breve estancia en esta ciudad, provisto inclusive de sus animales de experimentación, monos principalmente, para hacer sus trabajos y acercarse a sus metas, encontrando calurosa acogida de parte de nuestros médicos y de nuestras autoridades. Comenzó poco después a hacer estudios clínicos en los enfermos del Pabellón de Infecciosos de nuestro Hospital General y estudios bacteriológicos en nuestro Instituto de Higiene, en Popotla, contando para ella con el auxilio del entonces practicante Russell Wilder.

II

Es necesario advertir la mentalidad y el espíritu de fe que el científico tiene para llegar a su meta. Sobre todo, en este tiempo en que privan por sobre todas las demás consideraciones aquéllas de índole puramente material, económico, de ventaja y conveniencia personales, es consolador advertir que aún existen hombres como Ricketts que, modesto, simpático, serio y capaz, desprovisto de todo asomo de vanidad, ajeno por completo a la noción de comodidad y bienestar personal, imbuído del deseo febril de investigar causas para después perseguirlas y suprimir los efectos que son las enfermedades que diezman a la humanidad, sólo viven para ese anhelo noble, trabajan con intensidad sobrehumana y se esfuerzan en esta lucha sin tener jamás en cuenta el perjuicio que a sí mismos pueden pro-



HOWARD TAYLOR RICKETTS
1871 - 1910

vocarse. En este sentido son apóstoles, son santos y como tales deben ser venerados por la humanidad y su ejemplo debe ser meta que obsesione a todos los espíritus nobles y su camino debe ser sendero luminoso que acoja y estimule a otros para seguir las huellas que estos héroes han marcado.

Ricketts sabía muy bien el peligro constante a que estaba expuesto. Ya el norteamericano J. F. Conneffe había muerto de tifo en los Estados Unidos, adquirido en los mismos medios en donde ahora trabajaba Ricketts. Su ayudante Russell Wilder constantemente advertía el peligro y el desdén para el mismo que su jefe tenía y hacía lo posible por obligarlo a trabajar menos y a cuidarse más; pero tenía éxito sólo en lapsos muy breves pues, por el contrario, el trabajo intenso, el desvelo, el descuido en su alimentación, eran la regla en el sabio y habían debilitado así su organismo, lo que impediría más tarde una reacción favorable que lo hubiera salvado de la enfermedad. México tiene, contraída con el Dr. Ricketts, una deuda que aún no ha sido plenamente satisfecha; cada médico y cada hombre de nuestro país debe, por lo menos, tener fijo en su mente el nombre de este benefactor, y hondo en su corazón el agradecimiento por su sacrificio.

III

Ricketts, en el Hospital General, planeó su investigación estudiando la sangre de los tíficos con objeto de descubrir en ella el germen productor; tuvo la colaboración clínica de los doctores Landa, Escalona, López Prieto y Miguel Otero, y en el Instituto Bacteriológico Nacional, en donde verificaba el trabajo de laboratorio, se encontró con el doctor Gaviño, quien puso a su disposición un local acondicionado con los objetos indispensables para su investigaciones.

La sangre extraída de los pacientes era inyectada a los monos para provocar en ellos el tifo, y una vez confirmado el carácter transmisible de la enfermedad, su investigación se encaminó al mecanismo de transmisión, tal como había acontecido en la Fiebre Manchada. En esa forma Ricketts pensó que en el tifo era el piojo el animal que servía como vehículo para transmitir la enfermedad a los sanos y provocar así su propagación.

El éxito, por fortuna, empezó a coronar los esfuerzos de Ricketts y Wilder, y pronto advirtieron en la platina de sus microscopios un pequeño bacilo que acusaba formas uni y bipolares y, en estos últimos, dos cuerpecillos unidos que tenían una forma intermedia entre los cocos y los bacilos. En esos momentos Ricketts estaba descubriendo la *rickettsia*, microbio productor del tifo y de otras enfermedades similares llamadas ahora *rickettsio-*

sis. Nunca pudo imaginar el sabio que esos gérmenes llevarían más tarde su nombre y que la aportación que hacía a la medicina universal tenía sólo parangón con los descubrimientos más notables de los últimos tiempos, que sentarían las bases para el avance extraordinario que nuestra ciencia ha hecho en el curso de este siglo, que ha dado ya en llamarse "La Era Dorada de la Medicina".

No obstante su maravilloso descubrimiento, Ricketts, madera de sabio, cauteloso y humilde, retrasó la publicación de este hecho memorable hasta el mes de abril de 1910, cuando apareció en el diario de la Asociación Médica Americana su artículo sobre "Etiología del Tifo en la Ciudad de México".

Además del trabajo anterior, el Dr. Ricketts y Wilder prepararon las monografías siguientes:

I. La transmisión de la fiebre tífosa en México por medio del piojo blanco.

II. El tabardillo (tifo en México).

III. Relaciones entre el tifo (tabardillo) y la fiebre manchada de las Montañas Rocallosas, y

IV. Etiología del tifo de la ciudad de México.

En esta forma y con la preparación que había tenido Ricketts en sus investigaciones en los Estados Unidos, encontraba en cuatro meses lo que muchos otros sabios habían buscado por muchos años sin haber logrado hallar; la fe y la perseverancia, el desinterés y la curiosidad científica habían tenido su premio: el microbio productor del tifo estaba descubierto.

IV

El destino de cada individuo parece estar predeterminado; por muy poco sentido religioso que una persona tenga, hay procesos vitales que muestran con bastante claridad lo inexorable que resulta determinado desenlace en la rutina diaria del vivir.

Faltaban unos días para que Ricketts abandonara México; nos permitimos reproducir una carta a su esposa que publicó el Dr. Saucedo Fuentes en su monografía sobre Ricketts.

"Abril 14 de 1910.

Mi queridísima Myra:

Solamente una tarjeta hoy. Falta únicamente seis días más para que salga a Chicago. Yo desearía que pudiera ser antes. Es-

toy muy mortificado por ti; temo que estés trabajando demasiado hasta matarte. Tómallo con calma, no importa que no podamos salir para el 1º de mayo. Todo mi tiempo estará a tu disposición cuando yo esté allá. Mis experimentos marchan muy bien. Aparecerá un artículo en "El Journal" de esta semana y quizá otro la semana próxima.

Amorosamente.

Howard."

Sin duda él pensaba que estaba libre ya de todo peligro y que su cuidado en el manejo del material infectante le permitía considerarse a salvo de la enfermedad. En otra carta dirigida al Dr. Goldberg, convaleciente del tifo adquirido en México, le decía:

Soy un hombre con suerte — somos ambos afortunados, muy afortunados — cuando pienso en la muerte del hombre de Ohio, nosotros dos (Wilder y él) hemos permanecido aquí durante tres o cuatro meses sin haber sido contagiados. No me jacto, refiriéndome a usted, porque aún no estamos fuera de México y no me sentiré seguro hasta que esté en Chicago dentro de una semana o diez días. . ."

Adviértese, pues, que él no pensaba nunca en su fin cercano.

Con objeto de estar más pronto entre los suyos, aceleró su trabajo desvelándose hasta las primeras horas de la madrugada y esforzándose todo el día en sus estudios; eso fue su pérdida. El camisón piojoso de un enfermo, manejado por él, infectó su cuerpo a través del animal que él mismo había descubierto como transmisor de la enfermedad, y unos días después la tragedia empezaba. La fiebre cruel tomó su cuerpo como presa y el delirio atormentó su mente hasta casi no conocer a su esposa que se trasladó violentamente desde Chicago. En una tienda de lona fuera del pabellón de aislamiento del Hospital Americano, que todavía Ricketts eligió para pasar su enfermedad, se encontró poco a poco con la muerte; su cuerpo débil no pudo soportar la sobrecarga que exigiera la lucha contra el germen, y el 3 de mayo de 1910 fallecía en México Howard Taylor Ricketts, epilogando gloriosamente una vida luminosa que se vertiera desinteresadamente en beneficio del mexicano y del hombre universal.